



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLVI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 13478

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
SUSCRIPCIÓN: Un mes, 1'50 ptas.—Tres meses, 4'50 id.—EXTRANJERO: Tres meses, 10'00 ptas.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia se dirigirá a la Administración.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, MAYOR, 24

LUNES 22 DE OCTUBRE DE 1906

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Correspondientes en París: Mr. A. Loreta, 14, rue Rougemont; Mr. J. Jones, 31, Faubourg Montmartre.

combate de Trafalgar

CHURRUCÁ

consagrar hoy un merecido y tributo a la memoria de los marinos que sucumbieron gloriosa manera en el memorable combate de Trafalgar, permitidme hablar únicamente de aquel valiente comandante del «San Juan Nepomuceno», del inmortal Churrucá, víctima de sus deberes y de esa disciplina que consagra para nuestros marinos, una re- de honor.

Churrucá llena con su glorioso nombre la página sangrienta del 21 de octubre de 1805 en las aguas de Trafalgar, aquel heroico brigadier de marina que a su Patria un apellido honroso, que a través de los tiempos, ha de ser grabado con indelebles caracteres en la historia nacional y considerado como sinónimo de caballería, como dechado de valor y modelo de lealtad.

Churrucá. El ilustre marino gozar de la mansión de los nobles y pundonorosos; murió Churrucá, pero su hazaña perdurará en tantas generaciones de marinos que a respetar y a venerar tan noble nombre, que evoca en la Armada Española un mundo de gloriosos recuerdos.

El maestro Pérez Galdós, el insigne de los Episodios Nacionales, de esta magistral manera, a Churrucá, en su grandiosa obra *Trafalgar*.

Un hombre como de cuarenta años, de semblante hermoso y noble, con tal expresión de tristeza, era imposible verle sin sentir una inclinación de amarle. No era peluca y sus abundantes cabellos, no martirizados por las terribles del peluquero para tomar la forma de ala de pichón, se recogían en un cierto abandono en una gran co- y estaban inundados de polvo, como arte del que la presunción de la época exigía. Eran grandes y azules sus ojos, su nariz muy firme de perfecta forma y un poco lar- sin que esto le afeara, antes bien era ennoblecido su expresivo semblante. Su barba, afeitada con esmero, era algo puntiaguda, aumentando el conjunto melancólico de su rostro, que indicaba más bien delicadeza que energía. Este noble continente era realizado por una urbanidad de modales, por una grave corte- de que ustedes no pueden formar idea por la estridida fatuidad de señores del día, ni por la movible y delicada de nuestra dorada juventud. el cuerpo pequeño, delgado y enfermizo. Más que guerrero, parecía ser hombre de estudio, y que sin duda encerraba algunos pensamientos, no para más propia para arrostrar los peligros de una batalla. Su endeble y privilegiado, parecía destinado a sucumbir conmovida al primer golpe. Y sin embargo, según des- pués, aquel hombre tenía tanto como inteligencia. Era Churrucá.

Después habla el ilustre Don Benito de la parte que el navío «San Juan Nepomuceno» mandado por el héroe, en la rota inolvidable, y dice lo que Churrucá por boca de un capitán, un valiente oficial de arti-

lata sino por la Patria. Su decaimiento físico, fué rapidísimo: le vi esforzándose por erguir la cabeza que se le inclinaba sobre el pecho; le vi tratando de reanimar con una sonrisa su semblante, cubierto ya de mortal palidez, mientras con voz apenas alterada, exclamó: *Esto no es nada. Siga el fuego.*

«Su espíritu se rebelaba contra la muerte, disimulando el fuerte dolor de un cuerpo mutilado, cuyas posturas palpitaciones se extinguían de segundo en segundo. Tratamos de bajarle a la cámara; pero no fué posible arrancarle del alcázar. Al fin, cediendo a nuestros ruegos, comprendió que era preciso abandonar el mando. Llamó a Moyna, su segundo, y le dijeron que había muerto; llamó al comandante de la primera batería, y éste, aunque gravemente herido, subió al alcázar y tomó posesión del mando.»

rucá tenía el presentimiento de este gran desastre. El había opinado contra la salida, porque conocía la inferioridad de nuestras fuerzas, y además confiaba poco en la inteligencia del jefe Villeneuve. Todos sus pronósticos han salido ciertos; todos, hasta el de su muerte, pues es indudable que la presentía, seguro como estaba de no alcanzar la victoria. El 19 dijo a su cuñado Apodaca: «Antes que rendir mi navío lo he de volar ó echar a pique. Este es el deber de los que sirven al Rey y a la Patria.» El mismo día escribió a un amigo suyo, diciéndole: «Si llegas a saber que mi navío ha sido hecho prisionero, di que he muerto.»

«Ya se conocía en la grave tristeza de su semblante que preveía un desastroso resultado. Yo creo que esta certeza y la imposibilidad material de evitarlo, sintiéndose con fuerzas para ello, perturbaron profundamente su alma, capaz de las grandes acciones, así como de los grandes pensamientos.»

«Churrucá era hombre religioso, porque era un hombre superior. El 21 a las once de la mañana mandó subir toda la tropa y marinería; hizo que se bicaran de rodillas, y dijo al capellán con solemne acento: «cumpla usted, padre, con su ministerio, y absuelva a estos valientes que ignoran lo que les espera en el combate». Concluida la ceremonia religiosa, los mandó poner en pie, y hablando en tono persuasivo y firme, exclamó: «Hijos míos: en nombre de Dios prometo la bienaventuranza al que muera cumpliendo con sus deberes! Si alguno faltase a ellos, le haré fusilar inmediatamente; y si escapase a mis miradas ó a las de los valientes oficiales que tengo el honor de mandar, sus remordimientos le seguirán, mientras arrastre el resto de sus días miserable y desgraciado.»

«Esta arenga tan elocuente como sencilla, que hermanaba el cumplimiento del deber militar con la idea religiosa, causó entusiasmo en toda la dotación del «Nepomuceno». ¡Qué lástima de valor! Todo se perdió como un tesoro que caen en el fondo del mar.»

«Entre tanto Churrucá, que era nuestro pensamiento, dirigía la acción con serenidad asombrosa. Comprendiendo que la destreza había de suplir a la fuerza, economizaba los tiros y lo fiaba todo a la buena puntería, consiguiendo así que cada bala hiciera un estrago positivo en los enemigos. A todo atendía, todo lo disponía, y la metralla y las balas corrían sobre su cabeza, sin que ni una sola vez se inmutara. Aquel hombre débil y enfermizo, cuyo hermoso y triste semblante no parecía el más a propósito para arrostrar escenas tan espantosas, nos infundía a todos cierto ardor desconocido sólo con el rayo de su mirada.»

«Pero Dios no quiso que saliera vivo de la terrible porfía, viendo que no era posible hostilizar a un navío que por la proa molestaba al «San Juan», impunemente, fué él mismo a apuntar el cañón y logró desbarbar al contrario. Volvía al alcázar de popa, cuando una bala de cañón le alcanzó en la pierna derecha con tal acierto, que casi se la desprendió del modo más doloroso por la parte alta del muslo. Corrimos a sostenerlo y el héroe cayó en mis brazos. ¡Qué horrible momento! Aún me parece que siento bajo mis manos el violento palpitante de un corazón, que hasta en aquel instante terrible no

latía sino por la Patria. Su decaimiento físico, fué rapidísimo: le vi esforzándose por erguir la cabeza que se le inclinaba sobre el pecho; le vi tratando de reanimar con una sonrisa su semblante, cubierto ya de mortal palidez, mientras con voz apenas alterada, exclamó: *Esto no es nada. Siga el fuego.*

«Su espíritu se rebelaba contra la muerte, disimulando el fuerte dolor de un cuerpo mutilado, cuyas posturas palpitaciones se extinguían de segundo en segundo. Tratamos de bajarle a la cámara; pero no fué posible arrancarle del alcázar. Al fin, cediendo a nuestros ruegos, comprendió que era preciso abandonar el mando. Llamó a Moyna, su segundo, y le dijeron que había muerto; llamó al comandante de la primera batería, y éste, aunque gravemente herido, subió al alcázar y tomó posesión del mando.»

El mismo Pérez Galdós, describe así la llorada muerte del inolvidable marino:

«Churrucá, en el paroxismo de su agonía, mandaba clavar la bandera y que no se rindiera el navío mientras él viviese. El plazo no podía menos de ser desgraciadamente muy corto, porque Churrucá se moría a toda prisa, y cuantos le asistíamos nos asombrábamos de que mentara todavía un cuerpo en tal estado; y era que le conservaba así la fuerza del espíritu, apegado con irresistible empeño a la vida, porque para él en aquella ocasión vivir era un deber. No perdió el conocimiento hasta los últimos instantes, no se quejó de sus dolores, ni mostró pesar por su fin cercano; antes bien su empeño consistía sobre todo en que la tripulación no conociera la gravedad de su estado, y en que ninguno faltase a su deber. Dió las gracias a la tripulación por su heroico comportamiento, dirigió algunas palabras a su cuñado Ruiz de Apodaca, y después de consagrar un recuerdo a su joven esposa, y de elevar el pensamiento a Dios, cuyo nombre oímos pronunciado varias veces tenuemente por sus secos labios, expiró con la tranquilidad de los justos y la entereza de los héroes, sin la satisfacción de la victoria, pero también sin el resentimiento del vencido, asociando el deber a la dignidad, y haciendo de la disciplina una religión; firme como militar, sereno como hombre, sin pronunciar una queja, ni acusar a nadie, con tanta dignidad en la muerte como en la vi-

da. Nosotros contemplábamos su cadáver aún caliente y nos parecía mentira; nos parecía que había de despertar para mandarnos de nuevo, y tuvimos para llorarle, menos entereza que él para morir, pues al expirar, se llevó todo el valor, todo el entusiasmo que nos había infundido.»

Tal fué el honroso fin de aquel hombre sublime, que con su gloriosa muerte, trazó la luminosa senda, por la que al correr de los años, habían de precederle, Liniers, Méndez-Núñez, Cadarso, Villaamil, Lazaga, Bustamante y tantos otros inmortales héroes y mártires de la marina española.

José Menéndez Moreno.

AL CONSEJO DEL BANCO

El gobernador del Banco de España, señor Merino, ha presentado al Consejo de nuestro primer establecimiento de crédito una proposición de interés general y de tan marcada trascendencia, que estimamos merecer ser recogida íntegra.

Hé aquí los términos en que está redactada:

El tipo del descuento

Una de las cuestiones más importantes de que el Banco debe ocuparse en la actualidad es la relativa al tipo del descuento. El Banco de España tiene hoy, respecto a este punto, un interés doble: primero, por razones de índole general; segundo, por razones de índole particular.

Años atrás el tipo del interés para todas las operaciones mercantiles era del 3,50 por 100. No he de detallar las razones que obligaron a los ministros, de acuerdo con el Banco, a elevarlo, porque demasiado las conoce el Consejo. El alza del descuento se imponía entonces; el Banco no podía negarse a acordarla, y así se estableció el tipo de 4 ½ por 100 para todas las operaciones.

Mas aquella situación no puede compararse con la presente. Hoy la situación es completamente opuesta a la de entonces, y si es evidente que aquellas circunstancias aconsejaron el alza del descuento, las opuestas aconsejan ahora la baja.

La baja del descuento no perjudicará ni al crédito público ni a la producción, y lejos de perjudicar, beneficiará enormemente el desarrollo de la riqueza pública. Es indiscutible la utilidad, la conveniencia de rebajar el

descuento en beneficio de la agricultura, de la industria y del comercio.

Porque hoy mismo sucede que el tipo oficial del descuento es de 4 ½; pero con el importe de la comisión de caja, renovación de la póliza y demás gastos; el interés real que paga el interesado sube a 5 ½ por 100; por estas razones, opino que es de gran conveniencia que el Banco acuerde la rebaja del descuento, para no hacer tan pesadas las cargas que gravitan sobre la producción y para estimular el desarrollo de la riqueza.

La Banca libre

Conviene tocar ligeramente, porque guarda con esta cuestión muy íntimas relaciones, la referente a la Banca libre, cuya organización en España es radicalmente opuesta a la de los demás países.

En Inglaterra, por ejemplo, el Banco Nacional sostiene siempre un tipo de descuento superior al que fija la Banca libre; primero, porque hay un importante stock oro que defender; segundo, porque la Banca particular tiene capitales más que suficientes para atender a todas las necesidades; tercero, por la especial organización del Banco.

De aquí que en el extranjero los Bancos de emisión mantienen elevado su descuento para no hacer concurrir a la banca privada, mientras que entre nosotros, que nos hallamos en situación opuesta, el Banco Nacional descuenta a tipos más bajos que el mercado libre.

Se desprende de lo dicho varias consecuencias lógicas, a saber, 1.ª el tipo del descuento libre real en España no puede fijarse, siendo en todos los casos más elevado que el del Banco Nacional; 2.ª, esta diferencia hace que todas las firmas que encuentran medios reglamentarios para colocarse dentro de las prácticas y condiciones exigidas por el Banco, se dirijan directamente al mismo sin intervención de la Banca privada como intermediario y como aval de su firma; mientras que aquellos que no encuentran esos medios reglamentarios, se ven obligados, especialmente los productores agrícolas, a acudir a otras entidades pagando un interés que oscila como mínimo, de 6 al 10 por 100; 3.ª de esta situación anormal resulta que ni las entidades bancarias se benefician del 4 ½ por 100, ni toda la producción na-

416 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA

MARIA

413

ranchito. Aquella obscuridad y silencio eran gratos para mí después del trato forzado de la fingida amabilidad usada durante mi viaje con toda clase de gentes. Los más dulces recuerdos, los más tristes presentimientos volvieron a disputarse mi corazón en aquellos instantes para reanimarlo ó entristecerlo. Bastábanme ya cinco días de viaje para volver a tenerla en mis brazos y devolverle toda la vida que mi ausencia le había robado. Mi voz, mis caricias, mis ojos que tan dulcemente habían sabido convertirla en otros días no serían capaces de disputársela el dolor y a la muerte? Aquel amor ante el cual la ciencia se consideraba impotente, al cual la ciencia llamaba en su auxilio, debía poderle todo.

Recordaba mi memoria lo que decía en sus últimas cartas: «La noticia de tu regreso ha bastado a volverme las fuerzas... Yo no puedo morir y dejarte solo para siempre...»

La casa paterna en medio de sus verdes colinas, sombreada por sauces añosos, engalanada con rosales, iluminada por los resplandores del sol al nacer, se presentaba a mi imaginación: eran los ropajes de María los que susurraban cerca de mí; la brisa del Zabaletas la que movía mis cabellos; las esencias de las flores cultivadas por María, las que aspiraba yo... y el desierto con sus aromas, sus perfumes y sus susurros era cómplice de mi deliciosa ilusión. Detévese la canoa en una playa de la ribera.

los bamburros en los manglares sombríos de las riberas y el ruido sigiloso de las corrientes, interrum- piendo aquel silencio solemne que rodea a los desiertos en su último sueño, sueño siempre pugnando como el del hombre en las prostradas horas de la noche.

—Toma un trago, Cortico, y entona mejor esa canción triste,—dijo al boga enano.

—¡Jesús! mi amo, ¿le parece triste?

Lorenzo escaneó de su chamberga pastusa cantidad más que suficiente de anisado en mate que el boga le presentó, y éste continuó diciendo:

—Será que el sereno me ha dao carraspera;—y dirigiéndose a su compañero: —compae Laureán, el blanco que si quiere despeja el pecho para que cantemo un baile alegrito.

—A probalo,—respondió el interpelado con voz ronca y sonora:—otro baile será el que va a empezá en el oscuro. ¿Ya sabé?

—Po lo mesmo, señé.

Laureán saboreó el aguardiente como conocedor en la materia, murmurando:

—Del que ya no baja.

—¡Qué eso del baile a obcuras?—le preguntó. Colocándose en su puesto entonó por respuesta el primer verso del siguiente bundle, respondiéndole Cortico con el segundo, tras de lo cual bilateron

